

vez de tomar á la izquierda, donde era aguardada, toma á la derecha, se extravía en el dédalo de callejones que separan el palacio de Catalina de Médicis del palacio de Enrique II, es decir, las Tullerías del Louvre. Ni ella, ni la niña, ni el criado, que es un guardia de corps, conocen á París, ni saben el sitio donde se encuentran. Los reyes, por regla general, como colocados allá arriba, en la cúspide del mundo social, ignoran las minuciosidades de la sociedad, apenas visibles desde esas alturas, é ignoran también las poblaciones que habitan, difícilmente descubiertas y estudiadas en la celeridad de un coche y en la ceremonia de una continua procesión oficial. Así es que ninguno de los tres personajes extraviados nota que se han ido por la derecha en vez de irse por la izquierda, que han atravesado el río y que se hallan en la calle del Bac, en vez de hallarse en la calle de la Escala. Y en éstas, una hora se pierde, hora preciosísima del solsticio de verano, en que las noches son tan breves, y en que, madrugadora é inoportuna, el alba puede delatar bien fácilmente la real familia á sus alarmados y suspicaces súbditos.

Por fin tiene la reina que dirigirse á un viandante y preguntarle, con riesgo por cierto de su vida, con peligro de delatarse á sí misma, por dónde ha de ir á la calle de la Escala. Y vuelve á desandar el camino andado, y vuelve á atravesar el puente real, y vuelve á recorrer la plaza del Carrousel, hasta que llega desalada por el temor y el cansancio á la calle de la Escala. ¡Qué hora aquella para el rey disfrazado de lacayo, para el conde de Jersén sobre todo disfrazado de cochero de alquiler y que está aguardando á una reina! Sus cofrades de París pasan, le hablan, le dicen alguna de esas frases propias de su oficio, le alargan la tabaquera para que tome un polvo, le convidan con un vaso de vino en la próxima taberna, le preguntan si habrá aventura que le procure una propina, le saludan en esa jerga que apenas puede comprender un caballero de Suecia, obligado á fingir más allá de lo posible ó á entregar á la revolución su regia presa. Por fin, después de una hora que debía parecer una eternidad al pobre cochero, pónense en movimiento los coches á las doce en punto. Pasan la calle de Gammont, atraviesan los grandes boulevares, recorren de extremo á extremo la Chaussée d'Autin, suben por la cuesta de la calle de Clichy, donde se paran para preguntar si el cochero del conde de Jersén ha ido en busca de la berlina de la baronesa de Korff; y ya de esto enterados, corren y corren hasta llegar á la barrera de San Martín, donde encuentran el apetecido vehículo que debe conducirlos á la frontera y granjearles su anhelada libertad.

El simón, como decimos en Madrid, que condujo á la familia real desde la verja de palacio á la puerta de San Martín, ese simón que cualquier coleccionador de objetos célebres hubiera comprado á precio de oro, queda solitario en aquel camino, abandonado al instinto de su caballo, el cual se precipita en un foso, y allí le vuelca como aquel viaje ha volcado también á la monarquía. Y desde la puerta de San Martín, donde se arrellanan seis viajeros en el interior de la berlina, tres vistosos correos en la zaga y el conde de Jersén disfrazado todavía de falso cochero en el pescante, dirígenle á Bondy, sitio donde aguardan á la reina varias damas

en otro coche con todo el aditamento de cajas, de sombrereras, de baúles, necesarios á una reina para escaparse de su reino.

Noche embalsamada y hermosa aquella, noche próxima al hermosísimo solsticio de verano, en que los pueblos celebran la velada de San Juan, noche media entre la primavera y el estío, perfumada por las flores hasta en los climas del Norte, iluminada por las estrellas rutilantes, bendecida por los que respiran su fresco ambiente, noche de poesía en que los herederos de tantos opresores van, devorando el espacio, en demanda de la propia libertad; si fuera cierto que los astros escriben allá en los espacios cerúleos, como con signos cabalísticos, la suerte de los mortales, ¡qué tragedia, tan superior á las de Esquilo, trazarían sobre la frente amenazada de aquellos infelices monarcas inclinados al abismo de su irreparable ruina!

XVI

Hasta Bondy todo va bien, á pesar de que todo debía ir muy mal. Es cierto que por temor á las imprudencias de la real servidumbre en las Tullerías se retardó veinticuatro horas el viaje, lo cual trajo grande perturbación á la distribución de fuerzas militares en el camino: cierto que el brillo y magnitud de la berlina de viaje delataba en aquella correría un complot; pero también es cierto que los disfraces, los cocheros fingidos, las zozobras pasadas, la burla de los centinelas, la huida á despecho de Lafayette, el desacato á la Asamblea soberana, el rompimiento de la Constitución alegraban y satisfacían á la reina, tanto por lo que tuvieran de aventurero, como por lo que tuvieran de reaccionario y de faccioso. Y cuenta que las imprudencias se sucedían sin ninguna interrupción desde el seno de la Cámara, de donde se habían partido, hasta el seno de Bondy, adonde habían llegado en este momento crítico de nuestra historia. No digamos nada de la algazara que emplearon para disfrazarse, cuando acababan de despedir la servidumbre para dormirse. No digamos nada de haber entregado los niños á una dama de honor por razones de etiqueta, á una dama de honor, en vez de entregarlos, como exigía la conveniencia, á un hombre de fuerza. No digamos nada de haber salido la reina á ver partir á sus hijos hasta la plaza misma del Carrousel extraordinariamente iluminada; ni de haber andado por las calles de París con personas que las desconocía completamente. No digamos nada del abandono inconcebible de un coche de alquiler, que ha partido de la calle de la Escala, y se ha encontrado, sin cochero y sin gentes, en los fosos de una carretera; el envío de tantas damas de honor á Bondy con tantos equipajes basta por sí soto, si se considera que estuvieron allí diez horas seguidas antes de la llegada de los reyes, basta este acto para dar á conocer la demencia con que se había ideado y la torpeza con que se había concluido aquella criminal tentativa. Allí, en Bondy, todos se reconocen, como los actores de un drama después que ha pasado la función. El cochero es el conde de Jersén, que se despide para Suecia; el lacayo es el rey de Francia; la baronesa rusa es el aya de los príncipes; las institutrices y señoritas de compañía son la reina y la princesa Isabel; los hijos de la baronesa rusa,

el delfín y la duquesa de Angulema; los picadores y postillones, los guardias de corps más adictos á la persona del monarca. Con todo esto, imaginaos cuán fácil es suscitar sospechas y cuán difícil conseguir que se gane la partida en medio de tantas zozobras y de tantos y tan temibles peligros. Cuántos recuerdos debían despertar en el ánimo de aquellos seres, representantes de tantas tradiciones, las tierras que devoraban en su rápida fuga. Aquí el sitio de una batalla; allá el bosque de Bondy donde murió de muerte violenta el infeliz Chilperico; acullá las torres sombrías, levantadas para albergue de una familia real, y que han proyectado sobre el trono tantas sombras letales, las torres de la familia de Orleáns; por todas partes las huellas de la monarquía y de sus combates y de sus ejércitos y de sus victorias, apenas creíbles en esta angustiosa hora, en que la monarquía se iba fugitiva desde su palacio al extranjero en una cómoda berlina de viaje. Cuéntase que, en esta noche, sólo encontraron los reyes algún que otro labrador, conduciendo en sus asnos frutas y hortalizas á los mercados vecinos. Pero la aurora se levantó por aquel oriente, donde se encerraban las esperanzas del rey. Las aves comenzaban á gorjear sobre las ramas cargadas de rocío; la luz vino á herir la retina de aquellos viajeros desalados: todo puede descubrirse, y sin embargo, el coche marcha con paso tardo; el rey baja para andar un rato á pie y gozarse en la salida del sol como si anduviera por los jardines de Saint-Cloud ó por los bosques de Versalles; los guardias de corps, con sus libreas amarillas y sus látigos chasqueantes, cabalgan, cual si estuvieran en una magnífica parada; los cambios de tiros se verifican con una detención y una solemnidad verdaderamente regias; los gentiles-hombres dan las mismas propinas que daban cuando el rey iba de gran ceremonia desde uno á otro de sus reales sitios. Sesenta y nueve millas recorren estos infelices en veintidós horas, sin recordar que cada minuto vale un siglo. Así el pobre marqués de Bouillé se desespera, contemplando las órdenes y contraórdenes que ha necesitado dar para sus destacamentos; y el duque de Choiseul ve deslizarse diez horas aguardando en vano allende Chalóns á los fugitivos. Para que la temeridad fuese mayor, los tiros de caballos se multiplican en la ruta, y los destacamentos de soldados aguardan un tesoro; con lo cual despiertan unos y otros la general curiosidad y delatan la increíble aventura. ¡Tesoro!, dicen los campesinos moviendo la cabeza. El tesoro á los ojos de unos aparece en forma de invasión extranjera y á los ojos de otros en forma de patrullas armadas y venidas con el encargo paternal de apresurar el pago inmediato de los atrasos feudales. Así es que los húsares de Choiseul, extendidos por toda la vía, se encuentran celados por la guardia nacional y puestos en el duro trance de mantener un combate con el pueblo para ocultar un misterio del rey. Necesitábase absoluto desconocimiento del estado de los ánimos para intentar de aquella ruidosísima suerte fuga tan importante á fronteras incendiadas por una tempestad moral y henchidas de gentes armadas, las cuales atisbaban, para combatir las con igual fuerza, las dos calamidades temibles en aquella suprema crisis: la reacción monárquica venida de París y las invasiones militares venidas del extranjero. Y sobre un terreno volcanizado así la berlina

na anda tres millas por hora, y á mayor abundamiento, llena de princesas, circuída de picadores, cargada de baúles, dejando tras sí la delación de propinas excepcionales y promoviendo delante de sí el escándalo de los destacamentos que corren anhelosos en busca de un tesoro, el cual no puede ser otro que la corona de Francia.

Así pasa el día 21 y llega su luminosa noche. El sol baja con majestad sin igual á su ocaso y el labrador se retira con saludable cansancio á su vivienda; recógense las gallinas en los corrales y suenan los ganados en la entrada de los apriscos sus esquilas; calla la alondra en su nido de barro tras vuelos infinitos en busca de la luz, y levanta el ruiseñor á las primeras estrellas aparecidas en el desierto cielo las últimas endechas de su amor; y sobre todos estos esplendores y todos estos murmullos de la tarde, óyese la campana que llama á la oración y la plegaria del creyente, que, repitiéndose como los fenómenos mismos de la Naturaleza, ofrece en homenaje religioso tanta hermosura á María, que aparece calzada de la luna, ceñida del sol y coronada de estrellas, en los arboles del último crepúsculo. En noches así hasta la naturaleza del Norte convida á comunicación estrecha con su hermosura y hasta los pueblos germánicos ó semi-germánicos adquieren la vivaz locuacidad de los pueblos del Mediodía. El calor explica la democracia natural á ciertas regiones, porque congrega en la plaza pública á las muchedumbres; y como pinta y perfuma las flores, pinta y perfuma las imaginaciones; y como madura las frutas, madura las inteligencias y las prepara para el ejercicio de la libertad. En la aldea de Sainte-Menehold, donde un tiro de refresco aguardaba la regia berlina y un destacamento de húsares la real familia, salía á primeras horas de la noche aquella tan hermosa la gente del pueblo á departir entre sí sobre los asuntos públicos y á hablar con los soldados. Naturalmente, éstos, con sus uniformes vistosos, con sus armas resonantes, con sus dicharachos alegres, encienden la fantasía del pueblo y alimentan las conversaciones generales. ¿Y de qué hablar? Cuando todos los poderes se hallan entregados á las discusiones de una Asamblea, y todas las ideas á las competencias de la opinión pública, y todos los organismos sociales á recomposiciones continuas; cuando la revolución estalla y la prensa arde y los clubs vociferan y las milicias andan y los ejércitos discuten y los ayuntamientos parecen congresos y los congresos resultan soberanos y los soberanos cautivos, en esta gran tragedia habla naturalmente de política todo el mundo, no con el reflexivo juicio de la deliberación madura, con las exaltaciones propias de la fe ciega y del ciego y vertiginoso apasionamiento. Entre tantas gentes del pueblo como hablan de política descuellan dos personas interesantísimas en esta escena del drama trágico, que se llamará eternamente en la historia la fuga de un rey. Es una el capitán de húsares Daudoins, que ha pasado todo el día en esta situación extraordinaria, lleno de impaciencia por una berlina que debe aparecer en el camino de París, y obligado á ocultar sigilosamente á los ojos de todo el mundo el sentimiento que con más dificultad se oculta en el pecho, la impaciencia. Cuando nadie lo ve, pasea con precipitación de un lado á otro, habla consigo á solas, mueve sus

ojos al arbitrio de sus nervios; y en cuanto le ve alguien, toma una indiferencia y una frialdad como de estatua; ahoga con imperio los latidos de su corazón, mira con ojos apagados las columnas de humo despedidas de su cigarro, y sonríe á sus interlocutores con la serenidad de aquel que se fastidia por no sentir ninguna emoción ni buena ni mala en su tranquilo pecho. El otro personaje es lo que llaman los franceses «un maître de poste», es decir, el encargado de un parador de diligencias. Este hombre de aspecto deforme, de complexión fuerte, de genio agrio, de ideas exageradas, de temperamento revolucionario, que se llama Drouet, está á matar con los húsares, porque uno de ellos ha alquilado cierto jaco en la posada donde paraba y no en la casa de las diligencias. Y en estas épocas de revolución exaltadísima, todas las enemistades toman carácter epidémico. Por consecuencia, Drouet, inteligente en caballos é inteligentísimo en política, antiguo húsar de Condé y por tanto conocedor de las creencias de los húsares, asistente un día á las fiestas de la revolución francesa en el campo de Marte y de consiguiente muy consultado por todos los vecinos de la aldea y muy oído, comienza en aquella coyuntura crítica, herido de la preferencia dada al posadero por la guarnición, empieza, decía, á divulgar la idea de que en todo aquello se oculta la mano negra de la reacción. ¡Dios mío! á qué pequeños accidentes, á qué singulares notadas sujetáis en vuestra sabiduría la suerte de los imperios más formidables y la vida de las más grandes naciones. Si Drouet no hubiera estado tan herido, seguramente Luis XVI llegara á Montmedy, y cambiara el curso de la revolución francesa. Pero el caballo alquilado por el húsar iba ¡oh fatalidad! á derribar una monarquía que contaba diez y ocho siglos de existencia. Por fin, cuando más airado estaba el antiguo húsar y más impaciente el capitán, surge, como de las primeras sombras de aquella noche trágica, un picador de traje amarillo, espoleando un caballo vigoroso y jadeante. El buen palafrenero tiene á gala entrar con estruendo en las poblaciones y reunir en torno suyo las muchachas embobadas con su aire, con su figura y con su uniforme. Para que nada falte, va preguntando á todo el mundo por la casa de diligencias, y precediendo aquella berlina, trono ambulante ó carro funerario, donde van metidos los ilustres herederos y representantes de cien antiguos reyes. Los campesinos abrían los ojos con curiosidad y los dragones se quitaban sus cascos relucientes con verdadero respeto. Desde el fondo de su coche, graciosa dama, cubierta con un sombrero á la bohemia, saludaba con ciertas inclinaciones de cabeza, que sólo usan los reyes populares y los autores aplaudidos, la gente que por razón de su oficio se comunica mucho con el público. Frente al sitio que ocupaba, un su ayuda de cámara solía inclinarse con igual majestad que ella é igual gracia la cabeza mal cubierta por su peluca de siervo. El capitán celaba aquellos movimientos de las regias cabezas, deplaciéndole por extremo, y escuchaba las conversaciones de los campesinos, alarmándole por extremo también. Y no había para menos con la monumental berlina, con el coche subsiguiente cargado de señoras y de maletas, con los húsares tendidos por todas partes, con los palafreneros amarillos que relucían hasta

en las indecisas tinieblas de aquella noche luminosa, con los avizores ojos de Drouet, aquellos ojos siniestros, los cuales se asemejaban á los ojos de las lechuzas y demás aves nocturnas en dos semejanzas capitales: en su fealdad y en su don de ver claro en medio de la noche. Efectivamente, para más complicación habíales dado á los postillones por atravesar lenta, muy lentamente la aldea.

En vano el pobre capitán de húsares les miraba de hito en hito y les decía con los ojos que acelerasen su carrera. ¿Qué entiende un postillón, acostumbrado á tanto estruendo, del silencioso lenguaje de los ojos? Anduvo lentamente, entreteniéndose en cambiar algunas palabrotas con los húsares, en decir algunos chicleos á las muchachas y en aguardar á que Drouet cumpliera toda la inexorable fatalidad de su destino en aquella terrible tragedia. Iba el antiguo húsar con un compañero y amigo suyo llamado Guillermo, el cual participaba de su curiosidad, naturalísima en las aldeas, donde ocurren muy pocos sucesos y se ven muy pocos espectáculos. Y ambos á dos metían los ojos en todas partes, y avizoraban cuanto allí sobrevenía. Drouet notó la cara larga de la dama y la cara redonda del lacayo, y creyó haberlas visto, no frente á frente, como ahora, sino al lado una de otra en más de dos célebres fiestas cívicas. Y aún no los había visto y caído en esta semejanza, cuando se mete la mano en los bolsillos buscando alguna cosa, y como no la encontrara, se dirige á Guillermo y le dice: «¿Tienes ahí un asignado nuevo?», es decir, un billete del papel-moneda que hacía circular la revolución; y Guillermo, escribiendo, creo, de un procurador que lleva siempre estos y otros documentos en el bolsillo, le entrega el asignado, y lo recibe Drouet y lo despliega, y compara el rostro oculto en la berlina con el rostro grabado en el billete, y al concluir esta comparación, se vuelve hacia su cofrade y le dice imperiosamente: «Ensilla á toda prisa dos buenos caballos.» El secreto está conocido y la dinastía perdida.

Drouet y su compañero saben ya por adivinación súbita que la familia real se dirige á la frontera, y propóñense cortarles á toda prisa el paso y atajarla á toda costa en su camino. Antes de partir á galope sueltan la noticia y sublevan la población. Drouet hubiera detenido al rey en su propia aldea, quizás encerrándole en su propia casa, si no calculara con singular previsión dos probabilidades bien contrarias á su intento: primera, la intervención de los húsares; segunda, la falta de armamento y hasta de pólvora en la milicia de su pueblo. Si tendiera la mano á las bridas, de un tajo se las cortara el capitán; y si sublevara la milicia, de un empuje la vencieran los húsares. Por consiguiente, no le quedaba más remedio que correr á la vecina aldea de Varennes y cautivar allí, con ayuda de aquellos patriotas, mejor armados, á la real familia. Conocedor del terreno, sabiendo cómo el camino real describe un considerable ángulo, se va por el atajo de los peatones y de los jinetes, seguro de que llega dos horas antes que la real familia. El capitán, su enemigo, busca un húsar que monte pronto á caballo y detenga al delator. Encuentra uno en el cuartel, le pone en la pista, y le dice que arreste á Drouet vivo ó muerto. La muerte, pues, pisa los talones de aquel hombre, encargado por la Providencia de tan grandes y trascendentales destinos históricos.

Cuatro leguas llevaba de ventaja el camino de Drouet al camino de la real familia, y este accidente del dragón lanzado en su busca, lo atrasa, porque huyendo á la persecución cercana, persecución preñada de la muerte, se embosca en vecina selva de él conocida ó practicada, y se escapa prontamente á toda asechanza. La terrible sentencia del destino va inexorablemente á cumplirse. Nada puede libertar ya en el mundo á los desgraciados cautivos.

¡Qué espantoso ruido en la aldea de Drouet! Las campanas tocan como por sí solas á rebato; los milicianos salen á una en armas; los dragones se repliegan aterrados en los cuarteles; las mujeres maldicen á quien arrastra en su pesada berlina la levadura siniestra de una invasión extranjera que ha de chocar primero con sus tristes y amenazados hogares. Pero esto no es nada en comparación de lo que pasa allí cerca, en otro sitio, donde hay muchos húsares mandados por el conde de Damás y donde ¡parece imposible! suena la noticia sabida por Drouet y despierta á los habitantes dormidos en el primer sueño á la manera que la trompeta del juicio despertará á los muertos en sus mudos sepulcros. Las campanas suenan á todo vuelo, las puertas se abren de par en par, las ventanas se iluminan como por ensalmo; las gentes salen aterradas y en camisa por plazas y calles cual sorprendidas de inundación ó de incendio, los tambores tocan á generala, y los nacionales armados montan sus fusiles y creen que ha sonado la hora de vender caras sus vidas en defensa de la libertad y salvar al naufrago pueblo francés en aquella horrible borrasca. El coronel conde de Damás cree necesario el emplear ya sus húsares en contener los arrebatos de aquel pueblo ciego de cólera, y en salvar la persona del monarca próxima ciertamente á una terrible cautividad. Pero el contagio moral resulta mayor aún que el contagio físico; y los húsares, contagiados por el entusiasmo de la milicia, por el clamoreo de las mujeres, por el sobresalto de todos los ánimos, se sobresaltan también, se entregan á la corriente impetuosa de aquella opinión exaltada, y juran servir á la nación francesa en su angustia.

Y el coronel Damás, y el corneta Remy, únicos que sintieron la fe realista en medio de aquella exaltación democrática, viéronse obligados á correr á una de caballo hacia Varennes, no para defender al monarca indefendible cuando le faltaba completamente el ejército, sino para morir á su lado en aquella hora suprema de su total ruina. Y lo mismo que le sucede al conde de Damás, le sucede al duque de Choiseul, quien va, á su vez, á galope, sin ruta conocida, sin orientación cierta, al acaso, como buscando en la noche la antigua estrella que guiara á los reyes en los desiertos y que no aparece ni brilla ahora en los horizontes. Todo el mundo vela, todo el mundo, menos aquellos que no debían dormir. Los húsares han servido para despertar las sospechas del pueblo contra los reyes y no han servido para defender á los reyes contra el pueblo.

El hijo primogénito del marqués de Bouillé, joven muy leal, pero muy inexperto, encargado en Varennes de la familia real, como ésta se retardara diez horas, acuéstase con la confianza en su fortuna y el descuido de la fortuna de los demás, que caracteriza á los jóvenes, y deja que los palafreneros recorran la población

en todos sentidos, despierten á los que debían dormir, avisen á los que debían estar sin cuidado alguno, y consuman la ruina de la familia real, y aceleren la última hora de la monarquía francesa. En Varennes, en el sitio donde más necesitan caballos de refresco, se encuentran los fugitivos á las altas horas de la noche y sin señal ninguna de que haya por allí los tiros necesarios á la continuación de su malhadado viaje. Nada aparece en su socorro por ninguna parte. El joven Bouillé duerme; el viejo Bouillé está muy apartado de aquel sitio; los tiros de refresco se encuentran al extremo opuesto de la población; los húsares ó roncan ó trincan, y la berlina, aunque tirada por doce caballos, no da ni una vuelta á sus ruedas inmóviles y se detiene allí inerte, cuando más indispensable era el movimiento y en el movimiento la celeridad vertiginosa. Pero los resultados mayores dependen, como siempre, de los accidentes más pequeños. El tiro de refresco que debía encontrarse aquende Varennes, se encontraba allende. El correo, que llevaba delante la real berlina, pudo enterarse de todo esto con sólo haberse adelantado media hora. Amigo de partir con los reyes y dirigirles alguna palabra lisonjera ó agradable, detívose en su carrera; y al detenerse, precipitó la catástrofe. Cuando el rey llegara, su perseguidor Drouet no había llegado todavía. La necesidad de emboscarse en la selva, y de burlar al dragón su perseguidor, le descaminara hasta el punto de detener su carrera. Si el correo arriba á tiempo y se entera del sitio donde estaban los caballos, al otro lado del pueblo, y lo tiene todo apercebido y arreglado para aquella hora crítica y solemne, indudablemente la monarquía se salva, y la asechanza del patriota se frustra. Pero hacía treinta y cinco minutos, contados en el reloj del rey, treinta y cinco minutos mortales que Drouet galopaba y la berlina no se movía. Cread grandes instituciones, unid en ellas la gloria con el genio, enaltecedlas con la virtud del tiempo, y veréis como luego de haber gastado en hacerlas y sustentarlas diez y ocho siglos, las pierden y las derriban treinta y cinco minutos.

Mientras el correo iba de aquí para allá buscando los tiros, un galope como de un caballo desbocado resuena en el camino, y un grito como de amenaza se escapa á una garganta como enronquecida: «Delantero, delantero, gritan, detente en nombre de la nación, pues tú llevas al rey.» Pero el rey, con la real familia, viendo que no venía el renuevo de caballos, se baja de la berlina y se da á errar por las calles y á llamar por las puertas en busca del sitio deseado. Y mientras tanto Drouet, que ha corrido sin cansarse, que ha intimado la orden al postillón sin detenerse, que ha puesto la previsión de un estadista consumado en toda aquella arriesgadísima empresa, ve una luz en lo alto, y dejando los caballos en próxima posada, después de haber advertido al posadero de todo cuanto acontece, dirígese allá donde la luz brilla. Es una taberna, y hay en ella gente exaltada por los vapores de la conversación, mezclados con los vapores del vino. Encárase Drouet con el tabernero y con sus parroquianos, les cuenta el terrible caso y les incita á un hecho, del cual dependió todo, á obstruir el puente que une las dos mitades de la villa separadas por el río. Dificultado así el camino, ¡ah! no puede pasar la real familia, y necesariamente ha de caer en manos

de sus perseguidores. Estos hacían con celeridad, bien diversa de la traída por la regia berlina, todos cuantos materiales hallan al paso, carretas, bancos, barriles; y la monarquía, que ha superado los obstáculos opuestos por los siglos de guerra y de fe, no podrá superar estos pobres obstáculos, hacinados allí por hombres sin conocimiento de su propio cometido, y que se mueven, como las ruedas de una máquina á impulsos del vapor, á impulsos del espíritu de un siglo esencialmente revolucionario. Hecho esto, y detenida necesariamente allí la monarquía, dirígese á casa del alcalde, á casa del comandante de la milicia nacional, y se lo revela todo. Entretanto la real familia baja desesperada, sin haber dado con el lugar donde estaban los tiros de refresco; y dirigiéndose al postillón le piden, le ruegan, le instan para que los lleve adelante, aunque sea con los caballos cansados. El postillón se niega, y groseramente.

Lo que no pudieron los ruegos lo pudieron las dádivas. El postillón fustigó á sus cabalgaduras, que, cansadas ó no, echaron á andar hacia adelante. Pero en próximo pasadizo, entre dos puertas de un portalón, bajo obscura bóveda, las autoridades, movidas por el antiguo húsar de Condé, y rodeadas de algunos milicianos, proyectan sobre los vidrios de la berlina varias linternas sordas y apuntan al pecho de los viajeros con varios montados mosquetes. Unos cogen por las bridas los caballos, otros abren con imperio las portezuelas, todos gritan: «¡alto!»; y Drouet sólo pide á aquellas gentes la inmediata presentación de sus pasaportes. La monarquía quedó enterrada bajo aquella obscura bóveda de un pueblo casi insignificante y en aquella hora de una noche tranquila. Las gentes de pro en aquella villa se reunen y examinan detenidamente los pasaportes. La reina, impaciente por alcanzar el término de su viaje, les dice que no tienen tiempo para malgastarlo de esta suerte, y que se hallan todos los viajeros muy apremiados por negocios urgentes para llegar al término del viaje. Los villanos, como se diría en otro tiempo, observan que los rumores de guerra civil, de invasiones extranjeras, de maniobras reaccionarias obligan á las autoridades municipales con obligación inevitable á dormir en un pie. Los viajeros objetan que ellos, como gente extranjera, nada tienen que ver con la situación de Francia, ni nada que compartir con la responsabilidad de los acontecimientos. «¿Quiénes sois vosotros?, por fin preguntan los consejeros municipales con verdadera impaciencia.—Somos, responde el aya de los niños, la familia de la baronesa de Korff.—Veamos el pasaporte,» contestan á una aquellos porfiados. Y en efecto, se van á leerlo. El buen alcalde observa que el pasaporte tiene validez indudable, porque lo autoriza la firma del monarca, unida con la firma del ministro de Estado. Pero Drouet, decidido á no dejarse arrancar la presa, pregunta si lleva el pasaporte la firma de la Asamblea Nacional. El que lo lee declara que lo subscriben algunos diputados componentes de una comisión; y Drouet vuelve á preguntar si lleva el documento la firma respetabilísima del presidente; y como le dijieran que no, insiste en la necesidad de detener aquella familia para evitar la guerra civil, y pinta los horrores de la invasión extranjera, y demuestra que aquellos caminantes instalados en la carroza, seguidos y acompañados de palafreneros, con influencia bastante á conseguir que los cus-

todien tantos húsares, con poder omnímodo para suscitar el movimiento de tales ejércitos, llevan consigo adondequiera que vayan los destinos de la nación, y es necesario seguirlos y celarlos con cuidado. A todas estas reflexiones ya no hay respuesta posible: los fugitivos bajan de la berlina y entran todos en casa de un tendero de especias y mercerías que es síndico del Ayuntamiento y decidido patriota. Y la familia real declara sus nombres y confiesa su fuga. El cuadro es bien siniestro: la monarquía humillada con la última de las humillaciones; el pueblo levantado en uno de esos levantamientos unánimes, á los cuales no hay resistencia posible; vestido el monarca en traje tal, que ora mueve á compasión, ora á risa, mezclándose el llanto de los leales con las carcajadas de los indiferentes y produciendo la misma siniestra resonancia de horror; aquellas tiernas y delicadas princesas, nacidas bajo los áureos artesonados, acostumbradas á pisar flores y alfombras, de pie entre los cajones de melazas y de velas de sebo, rodeadas por milicianos que las ahuman con el vapor de sus pipas y las aterran con el sonido de sus armas; dentro, las autoridades populares, inciertas entre el respeto que les inspira la majestad del rey, personificada en la real familia, y el terror que les inspira la majestad del pueblo, personificada en la Asamblea, presente á todas partes por el concurso universal de los patriotas; fuera, los grupos reunidos al toque del tambor y de la campana con los fusiles en las manos y las amenazas en los labios, prontos al combate y confundidos con los pocos húsares que restan fieles, y aparejados á la lucha, si ven la señal de luchar; por todas partes pasiones, cólera, ideas, que dan á las figuras colocadas en aquellos espacios los rojizos colores del incendio, é inspiran á cuantos las contemplan los sentimientos y las sacudidas del terror. La reina se acordó en aquel trance de que era madre, y depuso con solicitud sus dos hijos en la modesta cama del especiero, á cuyos pies plañíase y lloraba una mujer del pueblo, absorta su mente y su memoria en el paralelo natural entre la grandeza heredada de aquellos príncipes y su terrible humillación. El rey se cuidó ante todo y sobre todo de que tenía hambre, y le dieron dos rebanadas de pan y queso, con una botella de vino borgoñés, que devoró yapuró, relamiéndose y asegurando que jamás gustara queso tan rico ni bebiera vino tan exquisito en su propia real mesa. La muchedumbre no sabía á qué atribuir aquella calma de Luis XVI, si á estupidez ó á indiferencia.

Mejor hiciera, y así acertara, de atribuirle justamente al resorte que más mueve y que más sostiene nuestra voluntad y nuestros nervios, á la esperanza. El rey esperaba todavía que viniese por algún lado cualquiera de sus salvadores, ó bien el marqués de Bouillé, ó bien el duque de Choiseul, los únicos llamados á socorrerle en aquel trance. Iba el duque de Choiseul en su busca, pero solo, como hemos dicho, y oyendo á través de los campos el toque de rebato, á cuyos ecos avivábanse las cóleras populares y morían las esperanzas realistas. El marqués de Bouillé, que estaba aguardando entre Varennes y Montmedy, recibió la noticia de labios de su hijo con estupor; púsose al frente de sus húsares alemanes con resolución; marchó hacia la prisión del rey con presteza, pero obstruyó el puente de la villa y dificultísimo el vado del río, ni nadando pudo pasar, y se

vió obligado á irse en pos de otras aventuras y á buscar guerras á su natural batallador, y muerte á su sed de martirio en otros continentes. Los pocos húsares, que andaban desperdigados por las calles, podían aún, con la natural superioridad del soldado de línea sobre el miliciano de pueblo, intentar algo; uno de los jefes que formaban la comitiva regia les gritó: «¡viva el rey!», y contestaron ellos: «¡viva la nación!» Todo estaba perdido. Un arranque del monarca; alguna de esas palabras elocuentes que parten del corazón y van á los corazones derechos; alguno de esos gestos que imponen una voluntad á otra voluntad y alguno de esos ademanes que significan imperio; echarse sobre un caballo indómito y desenvainar una espada fulminante; querer y mandar, quizás contuviera á los irreverentes, confortara á los tímidos y lo decidiese todo; pero aquel hijo de cien reyes envuelto en el traje de los ayudas de cámara, comido y bebido en trance tan fatal, más inclinado á dormir que á pelear, torpe en sus ademanes, vulgarísimo en su gesto, incierto en sus resoluciones, frío en su rostro, más bien suplicante que imperioso, cayó desde un trono, desde el sitio para que no había nacido, sobre el sitio á que le destinara la naturaleza, sobre un mostrador de ultramarinos. Y en Varennes expiró la monarquía francesa.

No expiró sino después de haber suplicado mucho. El monarca, sin comprender que tras sus abdicaciones ya nada tenía que reclamar de nadie, nada que imponer á nadie, nada que pedir en la tierra huérfana de su autoridad, se dirigió al síndico y le instó para que lo dejase partir, en la seguridad de que no iba al extranjero, sino á una plaza fuerte de su propio reino, y no atentaba á la Asamblea, sino que la redimía del cautiverio de las muchedumbres ebrias, al cual estaba, como el rey mismo, sometida en el abrasado París. El pobre síndico se enterneció, casi lloraba, movíase á compasión; quizás hubiera cedido, quizás rogaba él mismo al monarca que se marchase libremente; pero el terror á la Asamblea y á los clubs, á esos reyes de tantos brazos y tantas cabezas, paralizaba todos los impulsos generosos de su buen natural y le detenía en toda resolución heroica. Apelóse á la última esperanza, á la reina. Ésta comprendió que necesitaba ahondar en los abismos de la naturaleza humana para extraer la salvación de todos. Así no se acordó de su majestad histórica, de su sagrado carácter real, de sus prerrogativas y primacías, sino de que era madre, y madre infortunada, y tenía, por lo mismo, que tocar y conmover el corazón de una madre. La esposa del síndico tenía hijos, y al tener hijos, tenía los argumentos más decisivos en favor de las súplicas de María Antonieta. Ésta volvióse á la humilde tendera, y brevemente, con la elocuencia propia del sentimiento, la juró á que oyese sus súplicas y salvase á sus hijos. La mujer, avisada por ese instinto de conservación que hace á los seres amenazados de algún gran peligro tan empedernidos y tan egoístas, le contestó estas duras y acerbas palabras: «Señora: os acordáis de vuestro marido y de vuestros hijos, y yo á mi vez me acuerdo de mi marido y mis hijos.» La reina lanzó un gemido de desesperación que parecía el estertor último de su alma espirante, y se entró en el cuarto donde reposaban sus hijos, á cuyos pies la mujer del pueblo antes mencionada, la suegra de la tendera, seguía llorando á todo llorar las trágicas desgracias de los reyes.

Y en efecto, como si el huracán se hubiera desencadenado sobre aquellos campos; como si el mar se hubiera salido de su centro para volcarse y extenderse sobre la tierra; como si el suelo entero se desgajara y el firmamento se viniese abajo; oíanse campanas á vuelo que tañían á rebato, tambores y redobles que tocaban á generala, gargantas roncas que despedían siniestros gritos, vibrar de armas que resonaban con horrible resonancia, pisadas de gentes que venían en son de amenaza, el resuello de todas las pasiones, el lejano trueno anunciando la próxima tempestad, el estallido de la guerra. Al pronto sólo había los milicianos de Varennes; después ya había ocho mil, después sesenta mil, hasta desbordarse aquellas muchedumbres en armas y llenar como inundación tormentosa todas las cercanías de la humilde prisión, donde agonizaba el poder absoluto é histórico de los antiguos reyes. Y mientras esto sucedía, una comisión de la Asamblea se acercaba, y poniendo mano sobre la familia real, llevábase á París, es decir, al destronamiento y al cadalso.

XVII

Hemos narrado los acontecimientos de la revolución hasta aquí, por creer que en ellos se ha detenido menos de lo conveniente el ilustre historiador, á cuya obra ponemos por encargo este modestísimo y sencillo prólogo. La revolución francesa tiene dos altos caracteres, que Mr. Thiers no ha hecho resaltar como debiera en su libro, el carácter eminentemente filosófico y el carácter eminentemente dramático. Quien busque la exactitud, el encadenamiento lógico de los sucesos, las reflexiones profundas de la razón de Estado, las advertencias de una reflexión prudentísima, debe dirigirse á Thiers, en la seguridad de encontrar en él á manos llenas enseñanzas instructivas y maravillosas, bien propias para aumentar los caudales de la humana experiencia. Pero quien busque la alta filosofía de la historia y el drama de la revolución, no ha de encontrar ni una ni otra cosa en el escrito que encabezamos. Á cambio de esto, no conocemos autor alguno, entre tantos como han descrito la revolución, que tenga la claridad de su juicio, la sencillez de su forma, la competencia que él en lo militar y en lo económico, la riqueza de observaciones á veces triviales á primera vista por fáciles y en realidad profundísimas por lo mismo que parece el lector y no el autor aquel á quien se le ocurren. Hay otros historiadores de la revolución más amenos, más originales, más filósofos, más profundos, más artistas; no hay ninguno más claro, más natural, más metódico, más sencillo. Tenía Thiers la dote culminante del historiador: una aptitud maravillosa, sin igual, para la narración. De consiguiente, su libro tiene la exactitud de un libro de matemáticas, el candor de un cuento de niños, la amenidad de una novela histórica, y luego el carácter profundamente verdadero que cumple á un historiador y á un estadista y á un político de su monta. No puede desconocerse que, estando tan cerca de nosotros la revolución francesa, los historiadores modernos hacen de sus páginas asunto de partido. Un socialista, como Luis Blanc, le da el color socialista, que tan poco le cuadra, mientras los monárquicos absolutistas componen una elegía á favor de los reyes y un